

F. Fernández Gómez

# Problemas arqueológicos del yacimiento de El Raso de Candeleda (Ávila).



El Raso es conocido desde el punto de vista arqueológico especialmente por su rico yacimiento de la Edad del Hierro Plena, la que hasta ahora ha sido considerada exclusivamente, partiendo de los hallazgos que han tenido lugar en otros yacimientos similares, como II Edad del Hierro, pero que en El Raso ha sido preciso dividir en dos partes perfectamente diferenciadas, por lo que allí podemos distinguir entre un Hierro II y un Hierro III, o, lo que es lo mismo, entre una Segunda y una Tercera Edad del Hierro, en cada una de las cuales nos fijaremos más adelante con sus características propias.

El Raso no es sólo, sin embargo, un yacimiento de la Edad del Hierro. Por eso el primer problema que debemos abordar

con relación a él, como yacimiento arqueológico, es el de su origen. ¿Cuándo se puebla? ¿Cómo se puebla? ¿De dónde proceden sus gentes?

Aunque haya algunos esporádicos hallazgos anteriores, creemos que no podemos hablar de una población estable en El Raso hasta finales de la Edad del Bronce. Es cierto que en sus alrededores han aparecido objetos que deben ponerse en relación con poblaciones anteriores (Fernández, López, 1990), pero no en lo que podemos considerar propiamente como El Raso, sino más bien en las inmediaciones del río Tiétar, sobre todo en la zona del Pantano del Rosarito. No parece, sin embargo, que estas gentes de la Edad del Cobre, se hayan aventurado nunca a subir



*"El Prao de la Carrera",  
al pie de los Hermanitos  
de Tejea.*

por las laderas de la sierra, seguramente porque no lo necesitaban, ni bajo el punto de vista de los recursos materiales, ni bajo el punto de vista de tener que defenderse de un enemigo que no existía.

Podemos considerar, por tanto, los inicios reales del yacimiento en la última etapa de la Edad del Bronce, una Edad del Bronce con escasos restos materiales, pobres y monótonos, pero no exentos de interés, sobre todo su posible emplazamiento, en un lugar alto de la sierra, al pie de las cumbres de los llamados Hermanitos de Tejea, donde se extiende una amplia campa protegida por una empalizada, hoy oculta en el terreno, pero cuya alineación, siguiendo en gran parte una misma curva de nivel, se evidencia incluso en superficie, que ha llegado a dar nombre al lugar, «El Prao de la Carrera», y ahí en su interior, en prospecciones superficiales que hemos realizado últimamente con E. Conlin (Fernández y Conlin, e.p.), analizando los materiales sacados al exterior por los jabalíes o arrastrados por las aguas en las últimas grandes lluvias, hemos encontrado mínimos fragmentos de cerámicas a mano en su totalidad que tenemos que poner en una etapa anterior a la del Hierro.

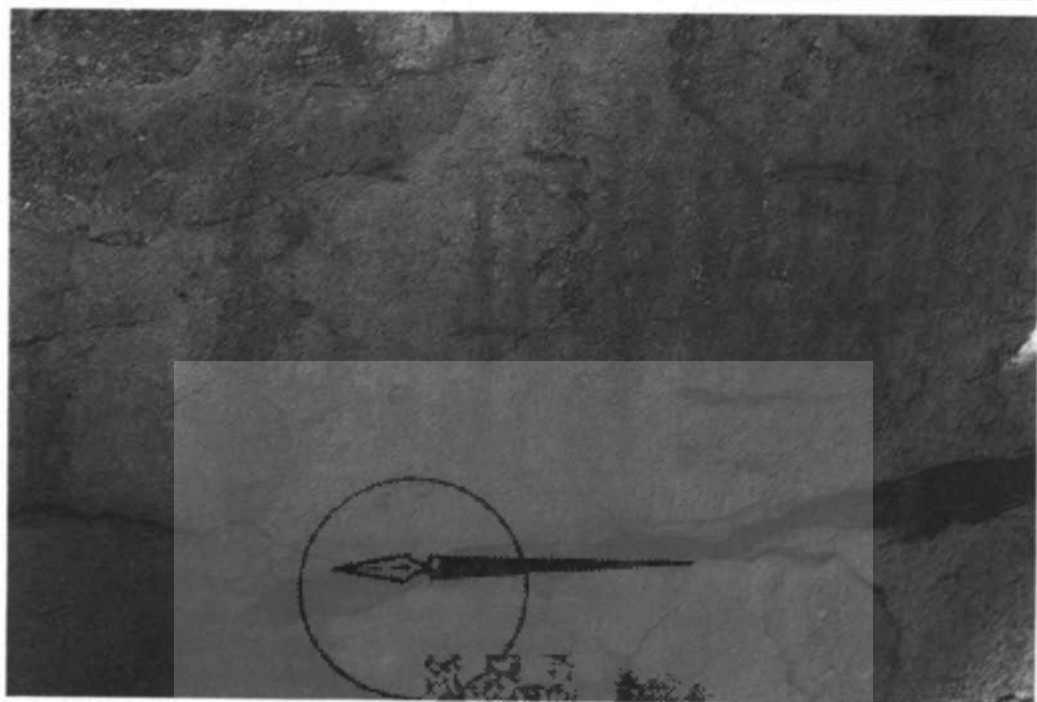


Molinos barquiformes de «El Prao de la Carrera».

Pero no sólo en este «prao» hemos encontrado restos de ese tipo, sino también, en el inmediato Collado del Fraile, el cual, aunque habitualmente cubierto de jaras y maleza que le hacen impenetrable, hemos podido asimismo recorrer ahora aprovechando un incendio que ha arrasado toda la vegetación. En él, a diferencia de lo que sucede en «El Prao de la Carrera», no hemos encontrado ninguna estructura arquitectónica, pero sí son relativamente abundantes los fragmentos de posibles toberas y de vasijas de gran tamaño y gruesas paredes, siempre muy quemados, a los que se podría poner en relación con alguna explotación metalúrgica, como si hubieran pertenecido o estado en relación con hornos de algún tipo, construidos quizá aprovechando los riscos que asoman en diversos puntos del collado, pero de los que no hemos encontrado ningún rastro.

Entre el Collado del Fraile y el Prao de la Carrera, más cerca de aquél, se alza la antigua casa del Guarda Mayor de la Sierra de Gredos, la «Casa de Augusto». Es zona en la que no se observan en superficie restos de cerámicas de ningún tipo, pero en la que son muy frecuentes las piedras de molino, todas barquiformes, y en la que de nuevo se constata, algo por encima de la casa, camino del «prao», una nueva alineación de piedras que podríamos pensar está relacionada con un núcleo de población. Hemos recorrido la zona acompañados del actual Guarda Mayor, D. Angel Bázquez Fraile, que en aquella casa ha nacido y pasado gran parte de su vida, el cual nos ha mostrado amablemente todas estas estructuras e incluso los curiosos grabados que aparecen en las piedras del regato inmediato, de cuyas aguas se ha servido la casa durante muchos años.

Nada sabemos sobre la extensión de estos posibles núcleos de población, y mucho menos sobre su economía. Para lograr algún conocimiento sería preciso llevar previamente a cabo alguna excavación



*Pinturas rupestres del Risco de la Zorrera.*

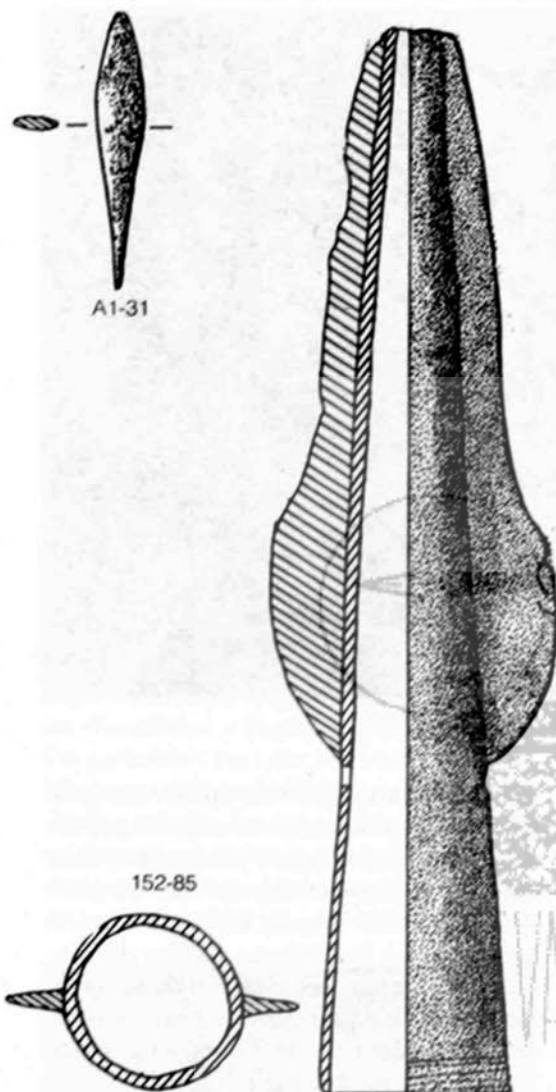
arqueológica, y no parece fácil hacerlo, al menos de momento. De todas formas quizá algo podría intuirse si ponemos en relación la existencia de un posible núcleo de población estable con el topónimo que todavía aparece en los mapas del lugar, La Mina, y con los posibles hornos de fundición del inmediato Collado del Fraile. Y nos servimos para fecharlos sobre todo de las piedras de molino barquiformes y de los fragmentos de cerámica recogidos en superficie.

Y aun podríamos ir más allá y relacionar a estas gentes con las que pintaron las peñas del Risco de la Zorrera, en las que, a pesar de su esquematismo, podemos observar, junto a diversos antropomorfos, algunas cabras y una especie de red (Delibes, 1995: 96).

Y deducir de todo ello que eran gentes que vivían fundamentalmente del trabajo del mineral y de la cría del ganado, ayudados de la caza. Y que en algún lugar

abrigado cultivaban el cereal. A estas gentes habrían pertenecido no sólo las pobres cerámicas que veíamos más arriba, sino también algunos elementos más característicos que han llegado hasta nosotros. Y pensamos en las diversas hachas de piedra pulimentada, que ellos sin duda conocieron, aunque pertenezcan a etapas anteriores, la punta de flecha recogida en el vasar de la casa A-1 y la punta de lanza de bronce del recinto fortificado, similar a las recogidas en el depósito de la Ría de Huelva y fechadas en el s. IX a.C.

Ningún desarrollo especial de estas primeras gentes del substrato indígena de El Raso detectamos en lo que podemos conocer como Primera Edad del Hierro, esa etapa de transición entre los últimos momentos del Bronce y ese Hierro Pleno que de manera tan floreciente se manifiesta en muchos de nuestros yacimientos, y entre ellos en El Raso. ¿Qué ha sucedido para que ese pequeño grupo de gentes



Puntas de lanza y de flecha de la Edad del Bronce del poblado fortificado.

del Bronce Final se convierta casi de repente en una población de notable entidad? ¿Podemos pensar que todo se ha debido a una evolución «in situ» de ese pequeño grupo de indígenas? ¿O será más adecuado pensar que ha habido una aportación de gentes venidas de fuera que se han establecido en las inmediaciones de aquel pequeño poblado anterior? ¿Y de dónde venían estas gentes?

Para nosotros está fuera de duda que es esto último lo que sucede. Y que los recién llegados son descendientes de aquellos pueblos que unos cientos de años antes habían salido de distintos lugares de Europa Central, quizá impulsados por las presiones que en aquellos territorios estaban ejerciendo otros pueblos llegados de más al Este, que les obliga a ponerse en movimiento en busca de nuevas tierras. Se dirigen hacia el Oeste, y posiblemente siguiendo el curso del Ródano, se acercan al Pirineo, lo cruzan por ambos extremos, y aprovechando los afluentes de su vertiente septentrional, unos se establecen en el Valle del Ebro y otros siguen su marcha hacia el Sur y hacia el Oeste hasta llegar a la costa, dejando establecidos de camino algunos contingentes en ambas mesetas, de manera que cuando, a finales del s. III a.C., lleguen los romanos aún podrán darse cuenta de su origen centroeuropeo, a través sobre todo de sus nombres personales y de los nombres de sus dioses y sus pueblos y dirán que es evidente que son celticos. Y en nuestro caso hemos podido aducir como probable prueba el nombre de la inmediata villa de Candeleda, con un radical «cand» que se traduce como «de un blanco brillante», por lo que podría darse a la ciudad el significado de «la que brilla, la que resplandece» (Fernández Gómez, 1986: 963).

Pero los romanos dirán que esos «celticos» procedían «a celtiberis», lo que ha movido a considerar como celtiberos a todos estos grupos de la Meseta y, entre ellos, a los que ocupan nuestras tierras del Valle del Tiétar. Nosotros creemos, sin embargo, que debe evitarse, pues entre las notas características de la que llamamos cultura celtibérica se encuentran los influjos ibéricos, evidentes sobre todo en sus cerámicas, los cuales se hallan por completo ausentes en nuestros poblados, aunque luego los veamos, curiosamente, en poblados situados más al Sur, en tierras de

Cáceres, teniéndonos que preguntar a qué puede ser debido. Y encontrando como única explicación posible pensar que las gentes que llegan a El Raso lo hacen sin apenas detenerse en lo que se llamará la Celtiberia, y quienes ocupan esos otros poblados más meridionales proceden de establecimientos celtibéricos, en los que ya han adquirido rasgos culturales que nos les abandonarán nunca, pero no creemos que sea lógico considerarlos a ellos mismos como celtibéricos.

Problema de gran interés en parte relacionado con el anterior es tratar de identificar el poblado de El Raso con alguno de los pueblos cuyos nombres nos transmitieron los romanos. Es algo en lo que ya nos fijábamos hace algunos años (Fernández Gómez, 1986: 393), pero en lo que queremos volver a insistir, pues nada nuevo se ha descubierto y continúa siendo por tanto un problema no resuelto. Y pensábamos entonces, y seguimos pensando ahora, en la posibilidad de identificarlo con la antigua ciudad de Ebora, la Ebora de los carpetanos, que decían los romanos, quizá por hallarse en el límite entre carpetanos y vettones y pensar pertenecía a aquéllos. Pero es ciudad, y topónimo, con el que sin duda está relacionada la nuestra, donde está constatado un antropónimo Ebureinius, de la misma raíz, por tanto, que aquélla, y donde existen numerosas referencias a un dios, V(a)elico, que puede identificarse con el Endo-velico atestiguado en la Evora portuguesa, en cada una de las ciudades con un santuario que acabará cristianizándose y llegando hasta nuestros días. Es ciudad además a la que los romanos consideran como un «oppidum», y cerca de él establecen, según Livio (40, 30, 3) un campamento para mejor controlarlos. Y frente a El Raso tenemos, en las proximidades del Tiétar, un yacimiento asentado sobre un cerro, cubierto por completo de maleza que oculta los restos arqueológicos, pero en el que son



*Ara votiva de Ebureinius, de la familia de los Carreicos, al dios Velico.*

frecuentes los ladrillos, que no son ciertamente indígenas y sí podrían ser romanos. Lo llaman el Cerro del Castrejón. Y en algunas ocasiones hemos pensado en la posibilidad de que en el, en espacio abierto, se hubieran asentado los romanos para tener permanentemente controlados los movimientos de los indígenas sin necesidad de llegar a enfrentamientos armados. ¿No podría ser éste el campamento *ad oppidum Eburam* de que nos habla Livio? De que en las inmediaciones del «oppidum» había construcciones romanas antiguas,



tan antiguas que habría que remontar a la fecha de los primeros encuentros con los indígenas, a primeros del s. II a.C., tenemos el sugerente dato de la presencia de fragmentos de tégulas en la mamposería de los muros de las casas del recinto fortificado, es decir, que cuando éstas se construyen ya hay también construcciones romanas por las inmediaciones, de las que los indígenas recogen esas tégulas. Lo que significa poder atestiguar con seguridad que los romanos vieron levantarse las casas en el interior del recinto fortificado. Sería ininteresante poder constatar de la misma manera, pero hasta ahora no lo hemos conseguido, que la misma muralla se levanta a la vista de ellos. Pero creemos que no, que es inmediatamente anterior a su venida. Al llegar ellos la muralla ya estaría levantada, pero el interior del recinto no estaría cubierto de casas, sino que alternarían los barrios de casas con los de cabañas provisionales. Estas se irían convirtiendo paulatinamente también en construcciones sólidas, y entre los materiales que aprovechan, se hallan los fragmentos de tégulas, de tejas, cuya presencia observamos nosotros ahora con la finalidad sobre todo de igualar o facilitar el asentamiento de la mamposería que básicamente se emplea en su construcción.

Problema que se ha discutido en ocasiones (Sánchez Moreno, 1996) es el relacionado con los gentilicios que han llegado hasta nosotros a través, sobre todo, de las testimonios epigráficos, concretamente en El Raso a través de diversas aras votivas dedicadas a sus dioses por los propios indígenas. Se duda que tales testimonios nos puedan estar hablando de la base organizativa de unos pueblos que vivieron tres o cuatro siglos antes. Pero si, después de esos tres o cuatro siglos, llegan hasta nosotros los antropónimos, y de eso no hay ninguna duda, no vemos qué dificultad puede haber en admitir que lleguen también los gentilicios, como indicadores

de la existencia de grupos humanos unidos por algún tipo de vínculo, el que se quiera, que no conocemos, pero claramente expresado en ese genitivo del plural con el que ellos mismos, y no se pierda esto de vista, se identifican, sin necesidad de extrapolar, si no se quiere, ninguna realidad de otras latitudes. Pues no son los demás quienes para referirse a ellos dicen que son, en el caso de El Raso, de los *Pintolanicos*, o de los *Caraecicos*, o de los *Menetovicicos*, etc., sino que son ellos mismos quienes, cuando quieren identificarse, para que quede constancia de quién es el que hace la ofrenda a la divinidad, escribe su nombre, *Ebureinius*, *Ulantius*, *Atta*, *Fentia*, etc.; a veces su filiación, hijo de *Orundo*, o de *Boutius*, e incluso su gentilicio, *Pintolanqum*, *Caraeciqum*, *Menetovicqum*, siempre en genitivo del plural, pero siempre nombres indígenas, términos que los indígenas utilizaban sin duda para indicar su pertenencia a un grupo determinado, lo más lógico pensar que familiar, pues todos sabemos la fuerza que entre los celtas tenía la *stippe*. Y ello se tendría como un timbre de gloria o de nobleza, del que no todos podían presumir. Por eso lo ponen quienes lo tienen. Y cuando en una inscripción vemos que la oferente, y seguimos con ejemplos de El Raso, se llama *Marcia*, sin más indicación, pensamos que se trata muy posiblemente de una esclava o de una liberta que se ha puesto el nombre de su ama, y que muy posiblemente no sabe ya, después de tres o cuatro siglos, a que familia o grupo pertenecían sus antecesores, por lo que no podía indicarlo, como tampoco lo podrían indicar quienes descendieran del substrato indígena, entre los que no debió darse esa diferenciación, pues vemos que no es algo con validez general. Creemos es más sencillo creer esto que pensar en «determinismos coyunturales tardíos» o en «conminaciones romanas», que, de haberse dado, se habrían dado en la época de la conquis-

ta, pero no en una población absolutamente romanizada, después de tres o cuatro siglos, y además habrían tenido un carácter más general, y de ningún modo se habrían utilizado nombres indígenas.

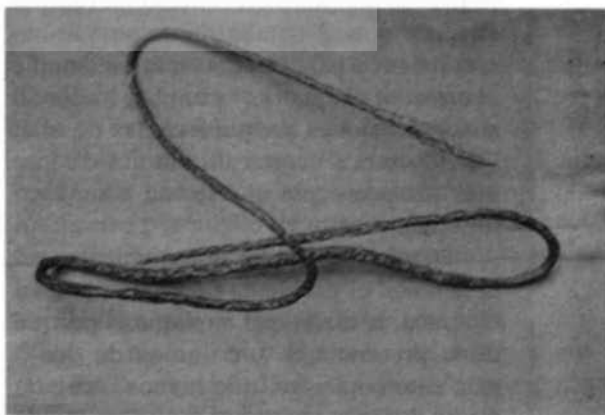
Para nosotros está claro que estos gentilicios hacen referencia a distintas familias o troncos familiares, aunque no demasiado extensos, sin nada que ver, por supuesto, con el sistema de tribus en el que debían quedar integrados todos los ciudadanos romanos, pues de ser así se repetirían mucho, y vemos que no sucede eso, sino más bien todo lo contrario, que en ningún caso, de todos los que conocemos, sin salir de El Raso, lo que sería motivo de que sucediera, se repiten los gentilicios, ya que que todos son distintos. Piensa Almagro (1995: 129), siguiendo a Untermann (1987), que muy posiblemente estos gentilicios estén en relación con el distinto origen de las gentes que en su día poblaron la Meseta, pues se observa que sólo se da al Este de una línea que uniría Mérida con Astorga, hasta donde habrían llegado con más intensidad las influencias «célticas» o «celtibéricas», mientras más allá de esa línea se habría conservado mejor el substrato protocelta.

En relación con este de los gentilicios podríamos poner otro problema, el de las necrópolis estructuradas por núcleos independientes entre sí, separados por amplios espacios exentos, sin que sepamos a qué se deben estas separaciones, que no están fundamentadas en razones de sexo, ya que en todos los núcleos hay tumbas masculinas y femeninas; ni de edad, porque en todas hay tumbas de niños y de adultos; ni de categoría social, como se ha querido ver (Ruiz Zapatero y Lorrio, 1995: 235), pues en todas ellas hay igualmente tumbas ricas y pobres; ni de ocupación, pues en todos se mezclan tumbas con armas y sin armas, etc. Parece, por tanto, lo más probable, que los distintos núcleos

estén relacionados con las distintas familias, cuya unión es normal pensar quisieran llevar más allá de la muerte, sobre todo teniendo en cuenta que ellos la concebían, como una simple etapa más de la vida, y como una etapa espiritualizada, pues no les importaba pasar por la pira funeraria al muerto y todas sus pertenencias. Es, por otra parte, un deseo lógico, que ha perdurado hasta nuestros días, ser enterrado junto a los miembros de la misma familia, seguir estando, seguir viviendo, junto a ellos. Piensa Sánchez Moreno (1996: 119, nota 8) que hacer esto significa caer en «erróneas diacronías», pues estaremos aplicando a un hecho del s. IV a.C. una realidad varios siglos posterior. Pero no hay error de ningún tipo, sino simple constatación de un hecho: la fuerza que esos grupos tenían, que aún perduran varios siglos después de la conquista, cuando ya están incluso plenamente romanizados, pero que quienes tienen conciencia de su origen, de su linaje, lo manifiestan públicamente por sentirse orgullosos de pertenecer a él.

Otro problema en el que podemos fijarnos es el relacionado con la pretendida inutilización de las armas que se depositan en los ajuares funerarios (Lorrio, 1993:

*Los soliferrea son las únicas armas que aparecen "inutilizadas" en la necrópolis.*





La tumba 109 contenía los restos de tres personas distintas.

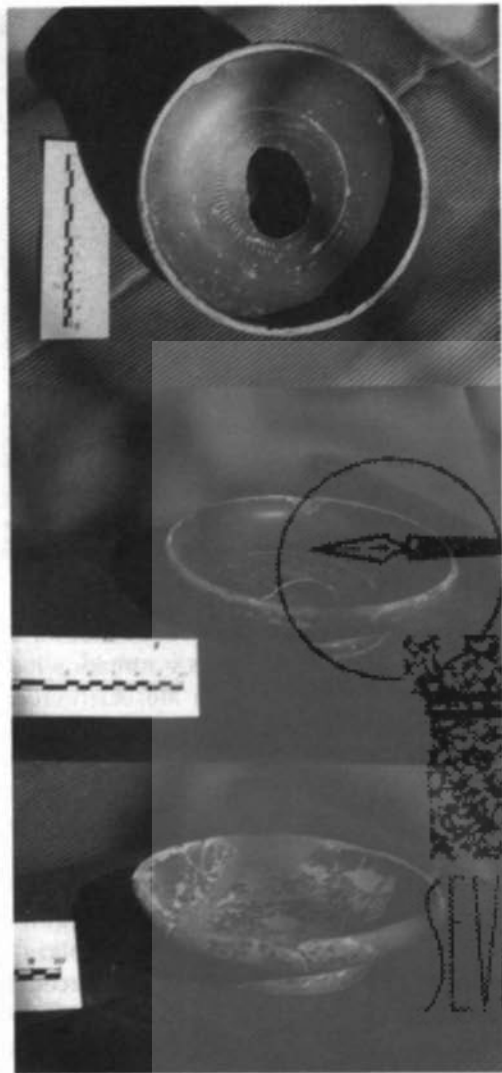
291; Quesada, 1993: 180). Es algo que ciertamente se da en los enterramientos de algunas necrópolis contemporáneas (Jimeno, 1996: 62), pero que nosotros no hemos observado nunca en El Raso, donde tan sólo aparecen aparentemente inutilizados los *soliferrea*, las largas lanzas de hierro que tanta admiración causaban a los antiguos por su eficacia, las cuales ciertamente aparecen en los enterramientos siempre dobladas sobre sí mismas, de una manera u otra. Se ha dicho que por ser parte de ese rito. Pero nosotros nunca lo hemos admitido en El Raso, pensando siempre que se trataba de un simple hecho práctico para integrar más fácilmente el arma en el ajuar de la tumba, haciendo sus dimensiones asequibles a las de ésta. Pues si nunca vemos allí inutilizada ningún otro arma ¿por qué se van a inutilizar los *soliferrea*?

En relación con los enterramientos está también el problema del seguimiento a la tumba, la razón que explique el porqué de la presencia en una tumba de dos o más enterramientos, que hemos constatado en distintas ocasiones y que no puede

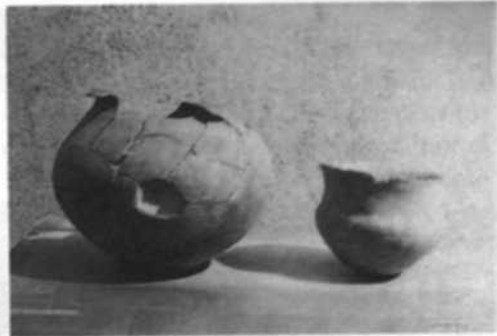
deberse a una reutilización, sino a la existencia de dos muertes simultáneas, e incluso de tres, como veíamos en la Tumba 20, con dos adultos y un posible niño (Fernández Gómez, 1986: 590), y se nos ha dado en la última campaña de excavaciones en la necrópolis, en la tumba 109, de Las Guijas, con tres urnas cinerarias que, según los análisis antropológicos, corresponden a dos mujeres adultas y a un joven de sexo indeterminado (Fernández Gómez, e.p.). ¿Qué podemos pensar de estas tumbas múltiples? ¿Qué la muerte de una ha forzado la de las otras personas, esposa, hijos, sirvientes, enterradas en la misma tumba? Es problema al que muy difícilmente podremos darle una solución satisfactoria.

Por cierto que en esta última tumba se presentaba en una de las urnas cinerarias una perforación circular de gran tamaño, una especie de óculo, evidentemente intencionado, al cual no sabemos tampoco qué significado darle, pero que no era la primera vez que aparecía en la necrópolis, pues ya en las primeras tumbas excavadas, hace más de veinte años, encontra-





Copa de barniz negro de la Tumba 5.



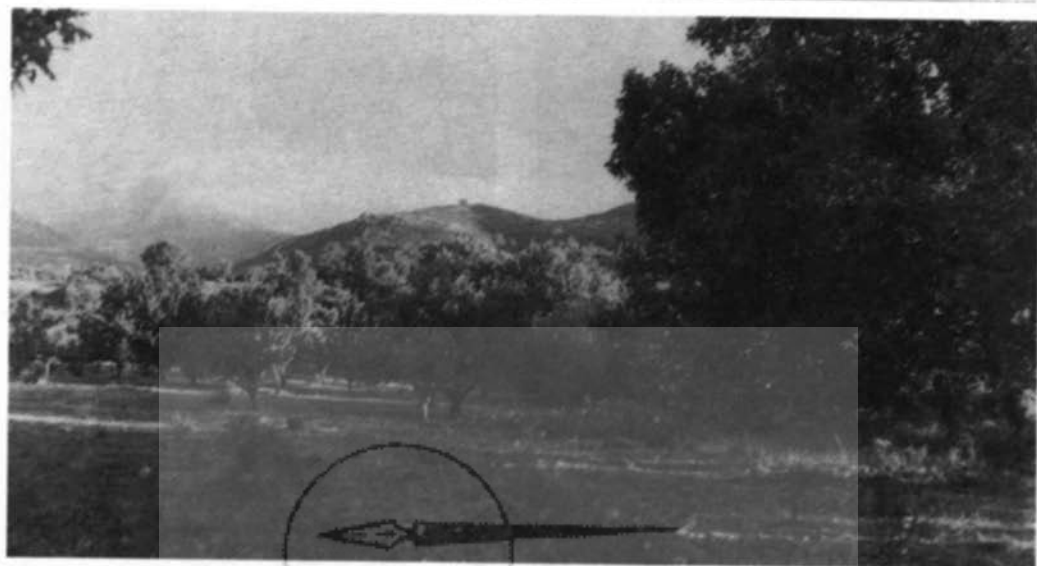
Urna cineraria de la Tumba 109.

(González Prats, 1983: 125, 135; Barturen Barroso, 1993-94: 84).

De las gentes que se entierran en la gran necrópolis de El Raso no conocemos el poblado. Sabemos dónde estuvo, pero en él no se han hecho apenas excavaciones. Sólo algunos sondeos para constatar su existencia y la contemporaneidad de sus materiales con los de la extensa necrópolis. Pero no sabemos ni cómo eran sus casas, ni cómo su poblado. Tan sólo que muy probablemente acabó su vida con un gran incendio que parece cubrirlo por completo, al menos en la zona donde se realizó la cata, la zona llamada «El Castañar», en las inmediaciones de El Raso. ¿Cuándo pudo prenderse este gran incendio y a qué causas pudo deberse?

Tenemos que pensar que no fue un incendio fortuito, pues de haber sido así el nuevo poblado se hubiera reedificado en el mismo sitio o en lugar inmediato. Vemos, sin embargo, que cuando se reedifica lo hace en un lugar apartado, incrustado en la sierra, sobre una colina fácilmente defendible, y que lo primero que hacen sus constructores es protegerse y fortificarse por medio de una fuerte muralla, reforzada con numerosos torreones, un par de fortines en la parte más alta, un ancho foso, que en los lugares más vulnerables se multiplica, y seguramente, aunque en la actualidad no sea posible su constatación, un campo de «piedras hinc-

mos igualmente, en el pie de una copa griega de barniz negro, una perforación similar (Fernández Gómez, 1986: 559), que tampoco sabíamos entonces cómo interpretar, y que todavía pensamos si podría ponerse en relación con los llamados «agujeros del alma», agujeros por los que pudiera salir el espíritu del difunto, y que no son exclusivos de la necrópolis de El Raso, sino que los encontramos también en otros yacimientos contemporáneos



*Colina que ocupa el poblado fortificado desde el emplazamiento del poblado abierto.*

das para impedir la aproximación en tromba al poblado, sobre todo por medio de la caballería. Cuando tanto cuidado se pone en defender al nuevo poblado es porque el antiguo ha sido destruido por un enemigo poderoso del que hay que precaverse. Y si queremos buscar un enemigo de estas condiciones en la época aproximada en que arqueológicamente puede situarse esa destrucción, tenemos que pensar en los cartagineses y en sus incursiones hacia el interior de la Meseta en busca de hombres y medios para la guerra que Aníbal preparaba contra los romanos, tal como pensara Cabré hace ya muchos años (1930: 111), aunque él pusiera en estas incursiones el final de los castros fortificados y no el de estos posibles poblados abiertos o menos defendidos, pues el final de aquéllos hay que relacionarlo, como veremos más abajo, con la conquista romana.

Decíamos que no conocíamos el poblado antiguo de El Raso más que por una breve prospección. No sabemos, por tanto, cuál era su superficie, ni siquiera aproximadamente. Pero ¿podría haber sido tan extenso como el poblado fortificado? Cre-

emos que no, que en esa etapa anterior a la llegada de cartagineses y romanos los poblados indígenas de la Meseta fueron más pequeños, y que fue la constatación de la fortaleza y la crueldad del enemigo al que tenían que hacer frente, lo que movió a los indígenas a unirse y fortificar sus poblados si eran abiertos, o a ampliarlos y reforzar sus fortificaciones, si éstas no les ofrecían suficientes garantías de seguridad, e incluso a trasladarlos de emplazamiento en casos extremos, como sucede en El Raso. En la construcción del nuevo, por tanto, hemos de pensar que participan no sólo los habitantes del antiguo poblado incendiado, sino también los de otros poblados vecinos, quizá ni siquiera poblados, sino simples núcleos de población dispersos por los alrededores que comprenden la necesidad de unirse y protegerse para mejor defenderse de los invasores. Y que esto no tuvo que ser algo que sucedió en un momento determinado, sino un proceso que duró muchos años, podría quedar reflejado en las sucesivas ampliaciones que vemos es necesario hacer en algunos poblados, sobre todo en Las Cogotas y en La Osera, en el cual ni si-

quiera da tiempo a terminar la segunda ampliación, el llamado tercer recinto, que queda abierto por uno de sus lados, el posterior, el menos vulnerable, pero que le hace inservible como «encerradero de ganado», como Cabré los consideraba por hallarse adosados a los núcleos de población. En ellos, además, se ha descubierto que hay también restos de casas, que podría pensarse se construyeron primero en las inmediaciones de la muralla, para poder huir al interior del poblado en caso necesario, y cuando ya fueron numerosas se reforzaron ellas asimismo con una nueva muralla que prolonga la del poblado antiguo, pero cubriendo a veces estructuras tan modernas como la serie de tumbas de La Osera o los desechos de alfar con cerámicas a torno de Las Cogotas, a los cuales es posterior, por tanto, sin ninguna duda, la muralla que se levanta (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sánchez, 1995: 221). En El Raso no parecen haberse dado estas ampliaciones, quizá porque ya desde un principio se construyó un recinto suficientemente capaz de albergar a un gran número de personas. Existe, sin embargo, una especie de anexo, que se extiende entre los dos fortines, pero más creemos está en relación con éstos y la defensa del poblado que con la necesidad de ampliarlo. Su situación, además, en la parte más alta y más inclinada del poblado, más difícilmente accesible, por tanto, parecen ponerla en relación mejor con los fortines que con las casas de habitación.

En Las Cogotas se han tratado de explicar los distintos recintos como si hubieran estado destinados a albergar a personas de distinta categoría social (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sánchez, 1995: 221ss.). En la parte alta del poblado la élite de la sociedad, en la media los artesanos, campesinos y pastores, en la baja un área de servicios comunes. Y es algo a lo que ha querido dársele un carácter general, como fenómeno que afecte al menos a toda la

Meseta a lo largo de la Segunda Edad del Hierro (Sánchez Moreno, 1995-96: 223). Nosotros nos hemos negado a admitir esa fuerte jerarquización y diferenciación social en El Raso, donde observamos, por el contrario, una sociedad esencialmente igualitaria, lo mismo en las tumbas, en las que en Las Cogotas quieren distinguirse hasta cinco clases distintas (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sánchez, 1995: 225), que en las casas, a pesar de las evidentes diferencias, pero en ningún caso tan acusadas como para poder hablar de clases sociales.

Otro problema se plantea en relación con este segundo poblado de El Raso, al que, como decíamos al principio, al hablar de la periodización, tenemos que considerar como el mejor exponente del Hierro III de la Meseta. Y es la ausencia de tumbas que poder poner en relación con él. ¿Dónde se enterraron las gentes que vivieron en este poblado fortificado cuya vida tenemos que situar entre finales del siglo III y mediados del I a.C.? En ningún lugar hemos encontrado tumbas que están en relación cronológica con él, pues nada hay en la necrópolis tan moderno como lo más antiguo del poblado. En aquella se observa una clara evolución desde las tumbas más antiguas con sólo cerámicas a mano, de finales del s. V, eventualmente decoradas con motivos incisos a peine, que continúan todavía cuando ya comienzan a estar presentes las producciones a torno, hacia mediados del IV, hasta que éstas acaban imponiéndose para ser ya sólo a mano los pequeños vasitos de ofrendas, desde principios de siglo III. Pero en los ajuares de las casas no hay ya el más mínimo recuerdo de las cerámicas a mano, ni siquiera de estos pequeños vasitos de ofrendas. El torno se ha impuesto por completo, para vasos de todos los tamaños, y la técnica se domina de manera que ya hay alfareros capaces de realizar vasos de tamaño tan grande que deben ser hechos por partes, las cuales, una vez solea-

das, se unen de manera tan perfecta que nada se refleja al exterior, pero que permiten almacenar en las casas, en las que nunca falta una despensa, todo tipo de alimentos y bebidas (Fernández y López, 1990: fig. 7). ¿Dónde se enterró a tan gran cantidad de gente? Calculamos que pudieron ser alrededor de 3.000 personas (Fernández Gómez, 1986: 950), que vivieron en ese poblado por un espacio aproximado de casi dos siglos, no menos de seis generaciones, lo que debería dar un total aproximado de unas 18.000 tumbas. Pues lo cierto es que nada sabemos de ellas y

que han resultado infructuosos todos nuestros trabajos para tratar de localizar a la necrópolis de esta época, sin que podamos pensar que todo podría deberse a la naturaleza ácida del terreno que ha hecho desaparecer los huesos, pues no ha sucedido eso con los enterramientos antiguos. Lo único que se nos ocurre es pensar que el nuevo clima de guerra e inseguridad continua obliga a un cambio de rito funerario, impuesto a su vez por la necesidad de reaprovechar armas y ajuar, lo que pudo llevar a sustituir las incineraciones por la deposición de los cadáveres al aire

*En la necrópolis alternan las cerámicas a mano y a torno. Ajuar de la tumba 69.*



libre, con el fin de que fueran comidos por las aves, las cuales llevarían al mismo tiempo sus almas a los cielos, de cuya creencia indígena nos han dejado también testimonio los romanos (Silio Itálico, Pun. III, 340). Sea como fuere, lo cierto es que aún no conocemos las tumbas de los indígenas que vivieron en el poblado fortificado, muchos de los cuales sin duda murieron peleando contra los romanos, luchando por defender su independencia.

Y de un último problema queremos hablar, aunque para nosotros no sea tal, sino algo que tenemos perfectamente claro y arqueológicamente comprobado. El del final del poblado fortificado, el cual hay que hacer coincidir con el final de la conquista romana y la práctica pacificación de la Meseta, controlados ya por los romanos todos los resortes del poder e integrados los indígenas en las estructuras creadas por aquéllos, integración que no tenemos que pensar se inicie después de terminada la conquista, sino que fue algo paulatino, y aunque tenemos que sostener que el poblado en sí no fue nunca romanizado, no podemos decir lo mismo de sus pobladores, los cuales, quizá incluso inconscientemente se fueron romanizando desde un principio, pues desde un principio vemos en las casas de los indígenas elementos culturales romanos, so-

bre todo monedas, bronce con Jano biface y la proa de nave, y denarios de las más diversas familias republicanas. Y en las mismas casas encontramos también testimonios de que la lengua indígena, que no conocemos, iba siendo sustituida por el latín, y en latín estarán los únicos testimonios escritos que de los indígenas que vivieron en el poblado han llegado hasta nosotros. Por eso cuando César les ordene derribar sus murallas y trasladarse a lugares llanos, la orden se obedecerá sin mayores problemas y el poblado se irá abandonando progresivamente. Los mismos indígenas serán los primeros convencidos de que una etapa de su vida, por completo distinta de la anterior, ha comenzado para ellos.



Conferencia celebrada el 11 de octubre de 1997 en el Salón de Plenos del Ayuntamiento de Candeleda

## BIBLIOGRAFIA

- ALMAGRO GORBEA, M., «Secuencia cultural y etnogénesis del Centro y Noroeste de la Península Ibérica». En *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología*. Vigo, 1993 (1995): 121-136.
- CABRE AGUILO, J., *Excavaciones de Las Cogotas. Cardenosa (Avila). I. El Castro*. Avila, 1930.
- JIMENO MARTINEZ, A., «Numancia: rela-

- ción necrópolis-poblado». *Archivo Español de Arqueología*, 69, 1996: 57-76.
- RUIZ ZAPATERO, G. y ALVAREZ SANCHIS, J.R.: «Las Cogotas: oppida and the roots of urbanism in the Spanish Meseta». En *Social complexity and the development of towns in Iberia. From the Copper Age to the Second Century A.D.*, (B. Cunliffe and S. Keay edit.).



Proceedings of the British Academy, 86 (1995), pp. 209-235.

RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO, A.J., «La muerte en el Norte peninsular durante el primer milenio a.C.» En *Arqueoloxía da Morte na Península Ibérica desde as Orises ata o Medioevo* (Fábregas Valcarce R., Pérez Losada, F. y Fernández Ibáñez, editores). Xinzo de Limia, 1995: 223-248

SANCHEZ MORENO, E., «A propósito de las gentilidades: los grupos familiares del área vetona y su adecuación para la interpretación de la organización social prerromana». *Veleia*, 13 (1996), pp. 115-141.

SANCHEZ MORENO, E., «El caballo entre los pueblos prerromanos de la Meseta Occidental». *Studia Historica. Historia Antigua*, 13-14 (1995-96), pp. 207-229.

